

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

PRIMER TRIMESTRE DE 1949

SUMARIO:

RICHARD WRIGHT: *DE NORTEAMERICA Y
RUSIA* ¶ GONZALEZ VERA: *LOS ANARQUISTAS*
¶ MANUEL ROJAS: *ENTRADA A CHILE* ¶ LUIS
FRANCO: *OTRA FAZ DE HORACIO QUIROGA* ¶
HORACIO QUIROGA: *LOS HOMBRES HAM-
BRIENTOS* ¶ JULIO MONCADA: *ECHO A CAER
AQUI MI LLANTO* ¶ ENRIQUE ESPINOZA:
CONCIENCIA POETICA DE ANTONIO MACHADO

SANTIAGO **49** DE CHILE

Manuel Rojas

ENTRADA A CHILE

*¿De dónde es una hoja
transparente al sol?
¿De dónde es una frente
que piensa, un corazón que ansía?
¿De dónde es un raudal
que canta?*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

¿CÓMO y por qué llegué hasta allí? No recuerdo cómo ni por qué, así como no recuerdo por qué y cómo he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa; la culpa es mía: nunca he podido pensar de un hilo, como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un punto a otro, de un hecho a otro, indistintamente, al azar, eligiendo los que aparecen primero y volviendo sobre sus pasos cuando los otros, más perezosos o más densos, surgen a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero, estuve preso; sí, así debió empezar aquello, si es que empezó de algún modo. Nada importante, por supuesto: acusación de asalto a una joyería, pero a una joyería que jamás había visto y cuya existencia y situación ignoraba e ignora aún; y tenía según parece, cómplices, a los que tampoco, había visto jamás y cuyos nombres y apodosos conocía tanto como ellos conocían los míos; la única que sabía algo era la policía. Muchos días de cárcel, durmiendo en el suelo de cemento, sin una frazada; a consecuencia de ello, pulmonía; finalmente, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Cuando fui dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? En verdad, no era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es tan fácil morir. No podía pensar en trabajar—me habría caído de la escalera.—y menos podía pensar en robar—el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.

—Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

Tenía un amigo; sí; era lo único que tenía en ese tiempo; pero lo había perdido; así como alguien pierde, en una calle muy concurrida o en una playa solitaria, un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, había perdido a mi amigo; no había muerto, no; no nos habíamos disgustado; nada de eso: simplemente, se había ido. Llegamos hasta allí con el ánimo de embarcarnos en cualquier buque que zarpara hacia el Norte; pero no es fácil embarcar: cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos iguales y espantosos seres, están aquí, están allá, en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

—Quisiera sacar libreta de embarque.

—¿Nacionalidad?

—Argentino.

—¿Certificado de nacimiento?

—No tengo.

—¿Lo ha perdido?

—Nunca tuve uno.

—¿Cómo entró a Chile?

—En un vagón lleno de animales.

(La culpa la tuvo el conductor del tren: nuestra condición, en vez de provocarle piedad, le provocó ira; no hizo caso alguno de los ruegos que se le dirigieron—¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones de un tren de carga?—y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinticinco días que caminaba, que tenía los pies hechos una llaga y que de no permitírsele seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre en aquel desolado valle cordillerano. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado alguno: el conductor del tren, más entretenido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, masculló una última amenaza, lanzó un silbido y desapareció en la obscuridad, seguido de su farol. Partió el tren; apenas hubo partido, el hombre de los destrozados zapatos limpió sus lágrimas y sus mocos, hizo una zapateta y corrió tras los vagones; allá fuimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada, corría un viento que pelaba las

orejas y estábamos aún a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un inválido podía hacer caso de las amenazas del conductor. El tren tomó pronto su marcha acostumbrada y durante largo rato viajé de pie sobre un peldaño de la escalerilla, tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato advertí que me sería imposible mantenerme allí toda la noche: un invencible cansancio y un profundo sueño se apoderaban de mí y a pesar de que sabía que dormirme o siquiera adormilarme significaba la caída en la línea y la muerte, sentí, dos o tres veces, que mis músculos, desde los de los ojos hasta los de los pies, se abandonaban al sueño. El tren nos había despertado mientras yacíamos como piedras en el duro suelo, durmiendo después de una jornada a pie de cuarenta y dos kilómetros. Ni siquiera habíamos comido: el cansancio no nos había dejado. A tientas, dándonos de cabezazos en la oscuridad, pues dormíamos todos juntos, recogimos nuestras ropas y corrimos hacia los vagones, yo el último, feliz poseedor de una maldita maleta cuyas vencidas cerraduras había que abrir y cerrar cada vez que se quería meter o sacar algo de ella. Mirando hacia lo alto podía ver el cielo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arriba y abajo y en todas partes el helado viento cordillerano de principios de primavera entrando en nosotros por los pantalones, las mangas, el cuello, agarrotándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y zarandeándonos como a trapos. Debía escoger entre dormir y morir, pero no tenía conciencia para elegir. Los ruidos del tren, monótonos, parecían arrullarme, y cuando por algunos segundos fijaba los semicerrados ojos en los rieles que brillaban abajo, sentía que ellos también, con su suave deslizarse, me empujaban hacia el sueño y la muerte. Creí, durante un momento, que caería y moriría sin remedio: el sueño parecía llamarme; era duro, pero allí podría descansar. Estallé en blasfemias. «¿Qué te pasa?», preguntó, extrañado el hombre de los destrozados zapatos, que colgaba de la escalerilla anterior del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren disminuía la velocidad. No contesté; trepé la escalerilla, me encaramé sobre el techo y desde allí, y a través de las aberturas, me deslicé al interior del vagón, forcejeando con la maleta. Allí, por lo menos, no iría colgando sino de pie, podría dormir, y, sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme con el desalmado conductor. No sabía lo que me esperaba: cuando caí entre los animales no pareció que era un hombre el que caía

sino un león; hubo un solo estremecimiento y la elástica masa empezó a girar alocadamente, en medio de un sordo ruido de pezuñas. Se me olvidó el sueño, el frío y hasta el hambre: tan pronto debí correr con ellos, aprovechando el espacio libre que me dejaban, como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón, estirar los brazos y apoyando las manos y hasta los codos en el cuarto trasero de algún bucy, retenerlo, impidiendo que me apabullara. Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar; la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento. El hombre de los sollozos, que se había trasladado a la escalerilla que yo abandonara, sollozaba de nuevo, aunque ahora de risa: el piso del vagón, cubierto de bosta fresca, era como el parquet de un salón de patinar, y yo, maleta en mano, aquella maldita maleta que no debía soltar so pena de verla convertida en verdosa tortilla, y danzando entre los bueyes, era la imagen perfecta de la animula vágula, alma pequeña y errante... En esa forma había entrado a Chile. ¿Para qué hubiese necesitado un certificado de nacimiento?)

III

—Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

—¡Ajá! ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

—(Otra vez.) No, señor.

—¿Su libreta de enrolamiento?

—No, señor.

—¿Entonces?

—¿Qué hago, señor? Necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

—Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

—Sí, pero...

—Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. ¿Dónde nació usted?

(Bueno, yo había nacido en Buenos Aires, pero esto, por lo visto, no tenía valor alguno; lo que valía era el certificado; nunca me había servido de nada el decirlo y las personas a quienes lo decía no demostraban, en sus rostros de funcionarios, entusiasmo ni simpatía alguna; y los peores eran mis compa-

triotas: además de serles indiferente que fuese natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, engorrosos certificados. Si no lo creían, ¿para qué un certificado que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino auténtico? Habría podido conseguir uno que asegurara, con timbres y estampillas, que era turco; no habría podido, en cambio, nacer en Turquía. El tono de mi voz, además, no se prestaba a equívocos: hablara como hablara, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aún, un bonaerense que no podía ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono de voz, por ser descendiente de personas cuya lengua natal era la española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no valía nada y gracias a ello había llegado a convencerme de que lo mismo me habría dado nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba, ingenuamente, asegurando mi ciudadanía bonaerense era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-lejano-país-de-los-hombres-de-cara-roja... Pero esto me ocurría sólo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseían certificados o los poseían de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: bastaba que dijera que había nacido en Buenos Aires para que lo creyeran y aceptaran como artículo de fe. Estos creían en las personas; aquéllos, en los papeles; y recuerdo aún la sorpresa que experimenté el día en que un hombre alto, flaco, de gran nariz aguileña, ojos grises y nuez que hacía hermoso juego con la nariz—era como su réplica—y a quien había encontrado mirando con extraña expresión los pececillos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza, me contó, luego de haber engullido precipitadamente varios racimos de uva cogidos en una viña a que yo, casi en brazos, lo llevara, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos algo sorprendente, una cría de caimán, por ejemplo, o un polluelo de ñandú, mi sorpresa y regocijo no habría sido más vivo. ¡Un vasco! Había conocido muchos, allá, en mi lejana Buenos Aires, pero estos vascos, lecheros todos, de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, habían desaparecido en el pasado, junto con mi infancia, y no tenían nada que ver con éste, encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera, ahora con más calma, otro par de racimos, le pregunté todo lo que un hombre que ha salvado a otro de la muerte puede tener derecho a pre-

guntarle, y finalmente, y mientras fumábamos unos apestosos cigarrillos ofrecidos por uno de los innumerables vagabundos que conocía en Mendoza y que a esa hora venían, como nosotros, a dar fe de la exquisita calidad de las uvas cuyanas, le rogué me hablara algunas palabras en su lengua natal; pero aquel hombre, que sin duda se había propuesto deslumbrarme, hizo más: cantó, sí, cantó. No entendí, por supuesto, nada, ni una palabra—dun-dunga-sí-bañolé, decía, más o menos—; no obstante, aunque no entendí nada y aunque la canción y sus palabras podían haber sido, menos o más que vascas, checas o laponas, no cometí, ni por un segundo, la insolencia de sospechar que no lo eran. ¿Para qué y por qué me iba a engañar?... Aquel vasco, junto con todos los otros vascos, ha desaparecido en medio de los días de mi juventud. Era piloto de barco. ¿Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le ví más. Sin embargo, si dos días después alguien hubiera venido a decirme que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran zorzicos sino sardanas, ese alguien habría pasado, con toda seguridad, un mal rato.)

IV

¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo habría sido proponerse encontrar en el vasto mundo un camello pasando por el ojo de una aguja que un pariente mío en alguna de las ciudades del Atlántico Sur, preferidas por ellos. (Mis familiares eran seres nómades, no nómades esteparios, apacentadores de renos o de asnos, sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república. Perteneían a la innominada tribu, tan numerosa todavía, que en los albores de la civilización prefirió los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios—sencillos unos, complicados o peligrosos otros—que les permiten defenderse y conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco todos los caminos... Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecieron, llevaron vida se-

dentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, sin duda, como los pájaros emigrantes, permanecer en un mismo lugar hasta que la pollada pudiera valerse por sí sola, pero la estrategia económica de la familia, por un lado, y las instituciones jurídicas, por otro, se oponían a ello: mi padre, nómada de gran clase, había escogido una profesión complicada y peligrosa. Ni mis hermanos ni yo supimos, durante nuestra infancia, qué profesión era aquella e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre se decía comerciante en tabacos, aunque respecto a tabacos no hiciera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de su casa durante el día y sí casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, sonriendo bajo su bigotazo color castaño, aunque aturullado, confesó que en realidad no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses después, el presunto tahur, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente, y ya iba mi madre a echarse a andar por las desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella un ser que más que andar parecía deslizarse por el aire y que más que cruzar los umbrales de las puertas parecía pasar a través de ellas. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por aquella sombra que se hacía más fluida y deslizante cuando pasaba por las proximidades de un polizonte, llegó ante un macizo y sombrío edificio, y allí la sombra, que por su color y aspecto parecía haber nacido tras esos muros, dijo, estirando un largo dedo: «Pregunte usted ahí por El Gallego.» «¿Quién es El Gallego?», preguntó mi madre, asombrada. «Seu marido», susurró el casi imponderable individuo, asombrado también, desapareciendo, junto con decir ello, en el claro y caliente aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, aquella mujer encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el limpio y apacible cubano José del Real y Antequera, que así decía llamarse, comerciante o jugador, no se sabía bien, sino al ahora sucio y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego, famoso ladrón. Tomándose de la reja, cuyos barrotes abarcaban apenas sus manos, mi madre

lanzó un sollozo que la dobló como una quemadura, en tanto El Gallego, sacando sus dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: «No llores, Rosalía; esto no será largo. Traéme ropa limpia y cigarrillos.» Le llevó ropa limpia y cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de antes, aunque ahora detrás de una reja. Un día, sin embargo, se acabó el dinero, pero al atardecer de ese día la dueña de casa, muy excitada, acudió a comunicarle que un *cavalheiro* preguntaba por ella. «Será...», pensó mi madre, recordando al casi imponderable individuo; pero no era él: así como aquél parecía estarse diluyendo a ojos vistas, el que se presentó ante ella parecía recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su dorado bigote, sus ojos azules, su ropa, sus zapatos. «Me llamo Nicolás», dijo, con una voz que parecía ser usada por primera vez; «paisano suyo. Soy amigo de su marido y he sido antes su compañero. Saldrá pronto en libertad; no se aflija», y se fué, recién acabado de hacer, dejando sobre la mesa un paquetito de billetes de banco, limpios, sin una arruga, como él, y, como él, quizá, recién hechos. Mi madre quedó deslumbrada por aquel individuo—y, en el hecho, aunque no volvió a verle sino detrás de una doble corrida de gruesos barrotes y de una tupida y fuerte rejilla de alambre, vivió siempre deslumbrada por su recuerdo: su aparición, tan inesperada en aquel angustioso momento, su apostura, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, convirtieron a aquel hombre, a sus ojos, en una especie de arcángel; por eso, cuando años después mi padre le comunicó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó: «¿Dónde está?» El arcángel no estaba muy lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera en que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: «En la penitenciaría. ¿Te acuerdas de aquellos billetes que regalaba en Brasil? Veinticinco años al presidio de Ushuaia.» Muda, y vestida de negro, como siempre, mi madre me tomó de un brazo y me llevó con ella: allí estaba Nicolás, recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su dorado bigote, sus ojos azules, su gorro y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía de los demás presos parecía recién impreso sobre su pecho. Hablaron animadamente aunque en voz baja, mientras yo, cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba: penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos, como si sus mentes estuviesen fuera de

allí, en libertad, y niños que chupaban tristes caramelos o lloraban al unísono con sus madres. Nicolás, ayudado de un largo alambre, pasó a mi madre a través de los barrotes y la rejilla un gran billete de banco, no limpio y sin arrugas, como los de Río, sino estrujado y flácido, como si alguien lo hubiese llevado, doblado en varias partes y durante años, oculto entre las suelas de los zapatos. Ni aquel billete, sin embargo, ni las diligencias de mi madre sirvieron de nada: después de dos tentativas de evasión, en una de las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones, semi asfixiado, del interior de los cañones del alcantarillado de la penitenciaría, Nicolás fué sacado con grillos y enviado a otro penal del Sur, desde donde, luego de otro intento de evasión, frustrado por el grito de dolor que lanzara al caer al suelo, de pie, desde una altura de cuatro metros, fué trasladado a Tierra del Fuego, en donde, finalmente, huyendo a través de los lluviosos bosques, murió y de seguro tal como había vivido siempre: recién hecho—; pero, a pesar de lo asegurado por él, mi padre no salió tan pronto en libertad: los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron varios meses para convencerse, aunque sólo a medias, que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor sino que, como aseguraba, también legalmente, el abogado, un bienhechor de la sociedad puesto que era comerciante: su visita al departamento que ocupaba la cantante la Patti en el hotel se había debido al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que el comerciante deseaba ofrecerle. ¿Joyas? Un joyero alemán, cliente de los ladrones de Río, facilitó al abogado, no sin repetido y minucioso inventario, un cofre repleto de anillos, prendedores y otras relumbrantes baratijas. ¿Por qué había elegido aquella hora para entrar? ¿Y a qué hora es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo había entrado? La puerta estaba abierta: «El señor juez sabe que la gente de teatro es desordenada; todos los artistas lo son. Mi defendido, después de llamar repetidas veces...» Mi madre, próxima a dar a luz, fué llevada por el abogado ante el tribunal y allí no sólo aseguró todo lo que el ente jurídico le indicó que asegurara sino que lloró mucho más de lo que aquél le insinuara. Días después, y a las pocas horas de haber nacido Joao, su primogénito, El Gallego llegó a su casa, aunque no solo; un agente de policía, con orden de no abandonarle ni a sol ni a sombra y de embarcarlo en el primer barco que zarpara hacia el sur o hacia el norte, le acompañaba. Otros días, y mi padre, acompañado de su mujer, que llevaba en brazos a su primer hijo, partió ha-

cia el Sur; el abogado, con la cartera repleta de aquellos hermosos billetes que repartía tan generosamente Nicolás, fué a despedirle al muelle, y allí también estaba el casi imponderable individuo, mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía... Y así siguió la vida, de ciudad en ciudad, de república en república; nacían los hijos, crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas: viajaba, se escondía o yacía en algún calabozo; reaparecía, a veces con unas preciosas barbas, siempre industrioso, trabajando sus moldes de cera, sus llaves, sus cerraduras. Cuando pienso en él me pregunto: ¿por qué? Más de una vez, seguramente, y a juzgar por lo que a veces le buscaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantidades de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos—de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el trabajador-tipo con que sueñan los burgueses y los marxistas de todo el mundo. Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia alguna a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos, como si entre el frío metal y los tibios dedos existiera una especial atracción. Odiaba las cerraduras descompuestas o tozudas y una llave torpe o un candado díscolo eran para él lo que para un concertista de guitarra puede ser un clavijero vencido. Sacaba las cerraduras, las miraba con seriedad y con ternura, como preguntándole qué les ocurría y por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, tocaba aquí, apretaba allá, limpiaba esto, limaba lo otro y volvía a colocarlas, graduando con cuidado la presión de los tornillos; metía la llave, y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, como en sordina, jugaba en silencio su barba y su muletilla. ¿Por qué no se estableció? Una cerrajería lo hubiese hecho rico; pero quizás amaba su oficio como un artista y no como un obrero y no quería desvirtuarse.) No, no tenía a quien escribir.

V

No podía embarcar: era un ser sin documentos; y a pesar de mis ojos, de mis piernas, de mi estómago, a pesar de mi hambre y de mi tristeza, parecía no existir para nadie y, en realidad, no existía sino para mí mismo. Me senté en la escala del muelle, afirmé la cabeza en las manos y miré hacia el mar: el barco vi-

raba en ciento ochenta grados, enfilando en ese momento hacia el S derecho: SSW, SW, WSW, W, y por fin, y tras un instante de inmovilidad, que desde el muelle pareció un instante de vacilación, navegó hacia el NW. Relucían al sol los bronce y las pinturas, los blancos botes, las negras chimeneas. Lo recorrí de popa a proa: en algún lugar de la cubierta de pasajeros, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado: allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad comprobada, sin amigo.

